

PJK 2

Anécdotas del P.Kentenich como “papá”

EL ATRACTIVO DE LA PERSONALIDAD DEL P.KENTENICH

En su época final, la paternidad del P.Kentenich ejercía realmente un atractivo magnético frente a todos los que se le acercaban, fueran personas intelectuales o gente muy sencilla.

Por ejemplo, mencionamos el caso de un gran personaje de la Iglesia alemana que ocupó dos puestos muy importantes: por un lado, administraba las finanzas de la Iglesia alemana y, por otro, era el relacionador oficial de la Iglesia con el gobierno alemán. Un hombre de peso. Pues bien, él tomó contacto con Schoenstatt. Llegó al Movimiento de Schoenstatt por su estrecha amistad con Mons. Tenhumberg, Obispo de Münster, gran discípulo del P.Kentenich. Poco a poco fue conquistado por Schoenstatt. No se sentía schoenstattiano, no había hecho la Alianza de Amor, no conocía al P.Kentenich, pero el ambiente le atrajo y se sintió un gran amigo de Schoenstatt. Él fue la persona que se convirtió después en el “artífice humano” de su liberación. Como lo dijera más tarde el propio P.Kentenich. Si bien su liberación no fue obra de los hombres, en primer lugar, como lo dijo él mismo y como lo demostraron los acontecimientos inexplicables que por ese entonces sucedieron, sin duda hubo instrumentos humanos que la prepararon, entre ellos este sacerdote especialmente. Se trata, por lo tanto, de alguien de una categoría humana e intelectual extraordinaria.

Estando en plena gestión por la liberación del Padre fundador, fue a Milwaukee. Ya llevaba tiempo estudiando el caso de Schoenstatt; conocía las dificultades con el Santo Oficio; estaba al tanto del destierro del Fundador en Estados Unidos. Y decidió visitarlo. Por un lado, iba como amigo de Schoenstatt, pero también como un representante de la Iglesia. Sabía que se iba a encontrar con un gran hombre, pues conocía sus ideas y su pensamiento, y se preparó bien para esa conversación.

Llega a Milwaukee consciente de su papel de representante de la Iglesia alemana y se encuentra con el P.Kentenich. Este le da la mano, lo mira sonriente y lo lleva a su oficina. Allí le ofrece una naranja o algo de comer. El mismo contó después: “Lo saludé, me tomó la mano y me sentí como un niño pequeño frente a su papá, frente a una persona a quien me podía dar por entero y quien, con su sencillez *me desarmó* desde el primer momento”.

En el último tiempo, el Padre fundador se daba enteramente como padre que inspiraba una ilimitada confianza en los otros. Así sucedió a este destacado personaje de la Iglesia alemana: se dio cuenta de que no podía hablarle de igual a igual sino que debía abrirle el corazón como un hijo a su padre. Ya que en esa primera conversación lo sintió como padre.

También, frente a la gente más sencilla, era impresionante observar el atractivo de su paternidad. En Nueva York, conocí a una señora portorriqueña muy simpática, de unos 35 a 45 años, casada con un obrero. Ella me contó cómo fue su primer encuentro con el P.Kentenich. Su marido lo había conocido primero, pues había viajado a Milwaukee con un grupo de schoenstattianos y había vuelto muy entusiasmado hablándole del Padre fundador. Ella se había tenido que quedar en casa. Pero al escuchar a su marido, se dijo: si es así, yo voy también. Y poco después partió. Era un viaje carísimo y de unas 20 horas en bus de ida y otras tantas de regreso. Los portorriqueños iban a menudo a Milwaukee cuando el P.Kentenich vivía allí, haciendo grandes esfuerzos económicos. También esta señora se preparó para este encuentro. Llegó y la hicieron pasar a la oficina. Ella me contó así su encuentro con el P.Kentenich:

“Cuando lo miré, simplemente me deslumbró. Cuando vi su barba y su sonrisa, sentí como si estuviera delante del Padre Dios. Él me invitó a sentarme y se sentó. Pero yo no pude hacerlo y, sin darme cuenta, me arrodillé. Sentí que no podía controlar mis manos que, solas, comenzaron a extenderse; me daba cuenta que iba a hacer algo que no debía, pero no podía impedirlo. Y así se me fueron las manos y le tomé la barba. Después sentí gran vergüenza por lo que había hecho y bajé la cabeza. No sabía qué iba a decir el Padre. Nunca antes había tocado a un sacerdote. Y él, en vez de retarme, me tomó la oreja y me dijo: ¡You are a baby! Y desde ese momento me di cuenta que tenía un padre y la vida cambió para mí”.

El Padre fundador era una persona que tomaba de sorpresa, que era capaz de “desarmar” a las personas sencillas como a esta señora portorriqueña y, también, a hombres como aquel destacado sacerdote de la Iglesia alemana. ¿Por qué? Porque en su vida, él se fue haciendo cada vez más un reflejo, un resplandor del corazón del Padre Dios; y el amor paternal de Dios “desarma”, es siempre sorprendente.

El corazón del Padre Dios es el corazón del Padre del hijo pródigo. El hijo pródigo también se sintió “desarmado”. Recordemos que volvía a la casa del padre esperando, como un gran favor, que lo aceptara como un jornalero. Trae sólo esta intención, consciente de lo que él es. Y al llegar, el padre se adelanta apresuradamente a su encuentro, lo abraza, le pone un anillo, ropa limpia, mata un ternero cebado y prepara una fiesta. Y el hijo queda totalmente desconcertado. (Lc 15,11 ss.)

Hacia el final de su vida, el encuentro con él tenía mucho de esto. Uno sabía que él era un hombre muy importante, una persona muy paternal, a quien muchas personas querían mucho, lo que era un buen antecedente. Pero cuando se llegaba a su presencia, el “desarmaba” a todos. Cuando uno escuchaba hablar de él, oía de su grandeza, de su capacidad, de su inteligencia, uno creía que se iba a encontrar con un hombre inmensamente grande, elevado muy alto en un pedestal y, al conocerlo, caían todas las defensas pues uno se daba cuenta que la grandeza del Padre Fundador era de otro tipo: consistía en una cercanía humana increíble, unida con una extraordinaria irradiación de Dios. En él, uno se encontraba con un padre como es Dios, como es el padre del hijo pródigo, que nos deja sorprendidos por la forma

en que nos acoge. Acogía a todos los que llegaban hasta él, de una manera que “desarmaba”. Y esa paternidad que, al final, llegó hasta la cumbre, fue madurando a lo largo de todas las etapas que hemos señalado y que ahora veremos más en detalle.

En Dachau había un sacerdote mayor, casi sordo, que se sentía muy solo. El P.Kentenich, compadecido de él, muchas veces lograba hacerlo reír. Le decía, por ejemplo, que cuando salieran de allí le construirían un “confesionario de cemento armado, con el suficiente aislante” como para que él pudiese escuchar las confesiones. Siempre que lo veía serio y preocupado, le volvía a hablar de su futuro confesionario y la “respuesta” inmediata del sacerdote sordo era siempre una sonrisa agradecida que iluminaba todo su rostro.

Durante la primera guerra mundial hubo un invierno extremadamente frío. El seminario de Schoenstatt había sido transformado en un hospital y los alumnos debieron trasladarse a la Casa antigua frente al Santuario original. El lugar era demasiado estrecho y además, a causa de la guerra, los muchachos sufrieron hambre y frío. Una noche escucharon que uno de ellos estaba llorando acostado en el suelo, sobre un jergón de paja. Cuando se enteró el Padre espiritual, llamó a uno de los alumnos mayores y le dio una frazada de su cama diciéndoles que la llevara al dormitorio y la colocara sobre la cama del chico que muchas veces lloraba de frío. Este muchacho contó el episodio años más tarde y agregó que el Padre aceptó la devolución de la frazada recién después que el invierno hubo pasado

Un ejemplo de Dachau: En el campo de concentración eran frecuentes los malos tratos suministrados a los prisioneros. Patadas, empujones y atropellos similares estaban a la orden del día. En cierta oportunidad estaban conversando dos funcionarios muy crueles de la SS-policía nazi- en un camino estrecho por el que debía pasar el P.Kentenich para llegar hasta su barraca. Cuando él se acercó sucedió algo insólito: ambos se hicieron cortésmente a un costado para darle paso. Sin duda, el Padre Kentenich – prisionero N° 29392 – se diferenciaba de los demás, y ellos – aunque inconscientemente – también pusieron de manifiesto esa realidad.

“En la casa provincial de los Padres Palotinos en Milwaukee – donde el Padre Kentenich vivió durante su exilio – vivía un Hermano que cada mañana le ayudaba al Padre en la santa Misa, y que cada noche le pedía su bendición sacerdotal. Cuando el Padre estaba con gente –lo que ocurría a menudo- el Hermano golpeaba la puerta, abriéndola despacito, luego se arrodillaba en el pasillo. El Padre Kentenich que ya sabía de qué se trataba, interrumpía entonces la conversación, y tras decir: ‘Perdón, debo dar la bendición a alguien que espera afuera’, se levantaba, salía de la habitación y le impartía la bendición nocturna. Después cerraba la puerta y volvía a estar a disposición del visitante. El Padre respondía con actitud paternal al cariño filial que le profesaba este Hermano que no quería irse a descansar sin haber recibido su bendición”.

Pauta para la reunión

Esquema de toda reunión:

Oración

Ver cómo estuvo la semana y revisión del propósito anterior.

Tema: 15' a 20'.

Preguntas de intercambio.

Propósito.

Oración final, cantos.

Preguntas Sugeridas:

-¿Qué anécdota me impresionó más y por qué?

-¿Me ha pasado alguna vez eso de ser como papá de alguien, en una dificultad, o pidiéndome consejos?

-¿Qué admiro más en un padre?

Textos y Citas tomadas de:

“La Historia del P JK”. P.H.Alessandri. Ed. Patris

“Hemos conocido un Padre”. M.Nailis. Ed. Schönstatt